

## LOS CRONISTAS DE VALENCIA Y LA FUNDACION DE LA CIUDAD

Habiendo llegado la investigación histórica a conclusiones firmes respecto al problema de la fundación de la ciudad de Valencia y habiéndose resuelto, gracias a las excavaciones efectuadas en su subsuelo, la confusión derivada de los versos 481 y 482 de la *Ora Maritima* de Rufo Festo Avieno<sup>1</sup>, queremos nosotros ahora, en este artículo, resumir lo que al respecto dijeron los cronistas valencianos, pues con frecuencia vemos que aún quedan eruditos y estudiosos de nuestro pasado, aficionados a los estudios históricos, que los citan como autoridades en la materia, en apoyo de sus afirmaciones.

Siguiendo a Castañeda<sup>2</sup>, por cronistas valencianos comprendemos a Pedro Antonio Beuter, Gaspar Escolano, Francisco Diago, Vicente Boix y Teodoro Llorente, pues sólo éstos trataron en sus obras la historia del reino valenciano en concepto general<sup>3</sup>, dejando fuera de nuestro estudio a Martín de Viciano, pues la parte de su *Crónica* en la que debió figurar la fundación de Valencia no ha llegado a nuestros días.

No pretendemos hacer una crítica de los textos de estos historiadores, que sería inoportuna a estas alturas, sino destacar la falta de vigencia de los datos que sobre

<sup>1</sup> D. FLETCHER VALLS, *La Tyris ibérica y la Valentia romana*. Castellón de la Plana, año 1953.

A. GARCÍA Y BELLIDO, *Las colonias romanas de España*, en «Anuario de Historia del Derecho Español», XXIX. Madrid, 1959, p. 447.

A. GARCÍA Y BELLIDO, *Las colonias romanas de Valentia, Carthago Nova, Libisosa e Ilici. Aportaciones al estudio del proceso de romanización del S. E. de la Península*, en «Homenaje al profesor Cayetano de Mergelina». Murcia, 1962, p. 367.

M. TARRADELL MATEU, *La fundació de la ciutat de València*. Barcelona, 1962.

D. FLETCHER VALLS, *Consideraciones sobre la fundación de Valencia*, en «Archivo de Prehistoria Levantina», X. Valencia, 1963, pp. 193 y ss.

<sup>2</sup> V. CASTAÑEDA ALCOVER, *Los cronistas valencianos*. Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública de ... el día 28 de marzo de 1920. Madrid, 1920.

<sup>3</sup> CASTAÑEDA, ob. cit., p. 19.

la fundación de nuestra ciudad contienen sus obras y evitar de este modo la repetición de errores que han llegado a convertirse en algo como verdades dogmáticas, difícilmente combatibles por estar integrados en el patrimonio cultural de cada uno y, también, porque en parte halagan ese sentimiento romántico de vetustez de nuestras ciudades, de nuestras instituciones y de nuestras costumbres, tan arraigado universalmente, que durante mucho tiempo hizo que, ante la falta de datos positivos sobre determinados acontecimientos, prefirieran los historiadores admitir cualquier leyenda y repetirla una y otra vez antes que dejar en blanco largos períodos de la historia.

Las obras que vamos a estudiar cubren un lapso de tiempo que va desde el año 1538, fecha de la edición valenciana de la historia de Beuter, hasta 1887, año en que apareció el primer tomo del libro de Llorente, que, dentro del conjunto, representa una modernidad de ideas altamente interesante, en especial si se compara con la *Historia* de Boix, escrita escasamente cuarenta años antes y que carece de originalidad por completo.

Como antecedente necesario para los tres primeros cronistas diremos que la historiografía de los siglos XVI y XVII se basó, en lo que se refiere a lo que hoy llamamos prehistoria y antigüedad o Edad Antigua, en una serie de fuentes muy heterogénea. Para los primeros pasos de la humanidad sobre la tierra se acudía al *Antiguo Testamento*, interpretado casi al pie de la letra. Y para el resto de los tiempos se contaba con los autores clásicos, grecorromanos, los que, naturalmente, proporcionaban, en lo que se refiere a nuestro país, datos difícilmente remontables más allá de la segunda mitad del siglo tercero antes de nuestra Era. De forma que desde el episodio bíblico de la dispersión de las gentes inmediata a la construcción de la torre de Babel (*Gen.*, 11, 8-9) hasta la llegada a nuestras costas de los primeros pueblos históricos, hubo que inventar toda una teoría de acontecimientos y personajes que completaran la secuencia cronológica, pues todos los historiadores pretendían narrar los hechos acaecidos desde la Creación o, por lo menos, desde el diluvio. Y así, mezclando personajes bíblicos con otros sacados de las antiguas historias y mitologías, y añadiendo de propia cosecha aquello que se consideró necesario, se dieron a la luz en la segunda mitad del siglo XV unas antiguas crónicas que durante bastante tiempo gozaron de gran predicamento e influencia sobre historiadores de buena fe. Recordemos el caso de Juan Annio de Viterbo, por haber sido seguido en sus invenciones por Pero Antón Beuter y criticado y combatido por Gaspar Escolano<sup>4</sup>.

<sup>4</sup> Juan Annio de Viterbo, nombre latino de Juan Nanni, fue un religioso dominico (1432-1502), gran humanista, del que se dice si murió envenenado por César Borgia, que publicó una famosa obra, *Commentaria super opera diversorum auctorum de antiquitatibus loquentium* (Roma, 1498), en la que mezcló noticias y textos reales con otros totalmente fantásticos, atribuyéndolos a autores antiguos como Beroso, Catón, Arquílogo, Fabio Pictor, Sempronio, Manethon, Metásthenes y otros. El éxito que de momento alcanzó este libro lo hizo muy popular, aunque pronto los eruditos probaron que una gran parte de los textos que contenía eran apócrifos. Estudios posteriores han demostrado que el Viterbense no obró por completo de mala fe, sino que fue sorprendido en su credulidad. Véase en ESCOLANO, *Década Primera*, parte primera, cap. IX, la crítica que de Annio hace, así como su defensa en DIAGO, *Anales*, libro segundo, cap. X.

## I. PERO ANTÓN BEUTER

De todas estas fuentes, aun las falsas, se aprovechó Pero Antón Beuter (n. por 1490 a 1495, m. por 1554 a 1555), primer cronista de la historia de Valencia. Su obra<sup>5</sup>, sin antecedente alguno en la historiografía española (Florián de Ocampo es contemporáneo y Juan de Mariana algo posterior) representa la síntesis de los conocimientos históricos de su época referentes al Reino de Valencia, con gran número de aportaciones originales en lo que se refiere al período posterior a la Reconquista, y con gran cantidad de datos, en general, sobre toda España. Podemos afirmar que, con los elementos con que Beuter pudo contar, sin precedente semejante, escribió una historia lo más perfecta posible, pues hasta los errores derivados de las falsas crónicas eran considerados entonces, y hasta bastante tiempo después, como verdades históricas<sup>5</sup>. Conoce Beuter perfectamente las historias de Tito Livio, que utiliza por completo en lo que se refieren a nuestra Península, los libros de Plinio, Pomponio Mela, Strabon, Polibio, Ptolomeo, Plutarco, etc. Se sirve del arzobispo de Toledo Jiménez de Rada, de San Isidoro, de Antonio de Nebrija, del Volaterrano, del Tostado y de cuantos eran conocidos en su época. Y junto con todos ellos, del ya citado Annio de Viterbo<sup>6</sup>. Es decir, que Beuter conocía la bibliografía más importante de su época, y así, su obra fue el producto de la síntesis de esos autores, con las deducciones que el propio cronista sacó de las lápidas romanas que conocía, que leyó bastante mal e interpretó aún peor, defecto también frecuente en su tiempo, ya que por entonces nace la epigrafía.

Tuvo Beuter, verdaderamente, una gran intuición en la interpretación de determinados documentos. Así, no podemos dejar de mencionar la tan conocida, referente a los hallazgos de Fuentes, cerca de Cariñena, que ha sido considerada por los autores contemporáneos como la primera cita de un hallazgo prehistórico, conscientemente considerado como tal: «... agora en el año del señor M. D., xxxxiij. cerca de Fuentes a media legua de Cariñena en Aragon, donde esta vn monesterio de Cartuxos, se ha hallado en vn campo lleno de montones de tierra, cauando por otra ocasion, que estaua poco debaxo de tierra gran multitud de huesos grandes, y de armas hechas de pedernales a manera de hierros de saetas, y de lanças, y como cuchillos a manera de medias espadas, y muchas calaueras atrauessadas de aquellas piedras como hierros de lanças, y de saetas, por lo qual parecia que de aquello deuieran morir aquellos hombres.»<sup>7</sup>. Donde falla Beuter es al considerar que estos antiguos enterramientos pudieron pertenecer a los hispanos de tiempos de la conquista romana, ya que considera que allí se enterrarían los muertos en la batalla del año 195 AJC. junto a la Ilturgis del sur del Ebro (Liv., 34, 10), en época de Catón. Otra de las ideas en la que podemos considerar a Beuter como precursor, es

<sup>5</sup> Véase en CASTAÑEDA, ob cit., pp. 20 a 24, una breve biografía de este cronista, y en la p. 61 su bibliografía.

<sup>6</sup> PERO ANTÓN BEUTER, *Corónica*, prólogo a la primera parte, donde señala las fuentes que ha seguido el autor.

<sup>7</sup> BEUTER, *Primera parte de la Corónica...*, cap. XX.

en la aplicación del método etnológico a la historia primitiva. Así, cuando habla de las antiguas gentes que poblaron España, las que no conocían aún el pan, viviendo de lo que la tierra espontáneamente daba, añade: «sino hallauan buena fruta en la tierra do llegauan, yuan a buscar mejor lugar, y a las vezes estando en vn lugar cierto tiempo que les bastaua la fruta de aquella comarca, mudauanse acauada ella a otro lugar do se hallasse otra, hasta que vuelto el año volviessen tambien ellos al lugar primero». Es decir, que explica un cuadro económico que puede muy bien aceptarse para nuestro Mesolítico. Pero lo que nos interesa lo dice a continuación: «Como sauemos que aun agora lo tienen por costumbre los Indios de la Florida segun la relacion que tenemos de los que fueron a descubrir del rio de las palmas hasta el cabo dela Florida, año mil quinientos y veynte y seys: aunque por gran desdicha de toda el armada que passaua de seyscientos hombres, no se saluaron sino tres, con grandissimos trauajos y fortuna, llamados Cabeça de vaca, Andres Dorantes y Alonso del Castillo.» Y a continuación añade que, pasado el tiempo, se hicieron «domesticos los arboles», es decir, se inventó la agricultura y se llegó al Neolítico<sup>8</sup>.

Pero Antón Beuter escribió su historia en lengua valenciana primero (1538) y la tradujo al castellano después, ampliándola mucho (1546), y tuvo tal éxito que fue traducida al italiano<sup>9</sup>.

La obra sigue una rigurosa sucesión cronológica, fechando los acontecimientos a partir del diluvio, catástrofe ésta que vino a ocurrir el año 1656 de la Creación. Aun cuando cree el autor que antes del diluvio ya hubo población en España, los acontecimientos que narra de fechas tan remotas se limitan a seguir los hechos

<sup>8</sup> BEUTER, *Primera parte de la Coronica...*, cap. VIII.

<sup>9</sup> *Primera part de la Historia de Valencia, que tracta de les antiquitats de Espanya y fundació de Valencia, ab tot lo discurs fins al temps que lo Inclit Rey Don Jaume Primer la conquistá. Valencia, 1538.*

*Primera Parte de la Coronica general de toda España, y especialmente del Reyno de Valencia. Donde se tratan los estraños acaescimientos que del diluio de Noe hasta los tiempos del Rey don Iayme de Aragon que ganó Valencia, en España se siguieron, con las fundaciones de las ciudades mas principales della, y las guerras crueldes, y destruiciones de edificios que ha hauido, como por las tablas se podra ver.* Compuesta por el Doctor PERO ANTON BEUTER, maestro en sacra Theologia. Impresso en la muy noble ciudad de Valencia, en casa de Ioan Mey Flandro. Año del Nacimiento de nuestro señor Iesu Christo 1550. A esta edición nos referimos siempre en nuestras notas.

*Segunda parte de la Coronica general de España, y especialmente de Aragón, Cathaluña y Valencia. Donde se tratan las cobranças destas tierras de poder de Moros: por los inçlytos Reyes de Aragon, y Condes de Barcelona. Y ponese en particular la quinista de la ciudad y reyno de Valencia, y Murcia, con las ysias Mallorca, Menorca, Euiça, y las otras: con muchas cosas de notar, como por las tablas se podra ver.* Compuesta por el Dotor PER ANTON Maestro de sacra Theologia, Prothonotario Apostolico. Con Priuilegio para diez años. Fue impressa la presente obra en la muy insigne y coronada ciudad de Valencia. En casa de Ioan de Mey Flandro. Año 1551 (aunque en el colofón se ponga la fecha de terminación 5 de Nouiembre de 1550).

De la primera parte se hizo una traducción al italiano por Alfonso de Ulloa, que se imprimió en Venecia en 1556; y de las dos partes hay una nueva edición de 1604 editada también en Valencia.

explicados en el *Génesis*, con algunos aditamentos sacados del *Viterbense*, hasta la dispersión de las gentes a consecuencia de la construcción de la Torre de Babel, continuando la narración con la distribución de las tierras entre los descendientes de Noé y la llegada a nuestra Península de Túbal (año 143 del diluvio), hijo de Jafet.

La historia de España la sigue ya a través de los descendientes de Túbal, siguiendo una serie de reyes que en número de veinticinco alcanzan el año 1228 del diluvio (poco más o menos el año 1077 AJC.)<sup>10</sup>. Después hay una gran sequía durante la que España casi se despuebla y que dura hasta el año 1250, poco más o menos, tras la cual ya no se encuentra un único rey en todo el país, sino multitud de reyezuelos, lo que permitió a los fenicios ocupar la mitad meridional de la Península y que llegaron, posteriormente, los cartagineses, a partir de cuyos acontecimientos ya sigue los *Anales* de Tito Livio y demás fuentes antes citadas. En el año 2305 del diluvio y 3961 de la Creación, nace Cristo.

Pues bien, entre los reyes que sucedieron a Túbal, el vigésimo es Romo, hijo de Testa, a quien sucede el año 967 del diluvio y que reinó treinta y tres años. Fue el fundador de nuestra ciudad según Beuter, quien explica este importante acontecimiento de la siguiente forma: «Fundo la poblacion de su nombre dicha Roma entre los pueblos Edetanos, cuya cabeça era entonces Leria, o Lyria segun arriba diximos. Edificola a la ribera del rio Turia en lo llano cerca del mar, donde despues los Romanos hizieron morada y ennobleciendola con nobles edificios: especialmente cloacas debaxo tierra donde viniessen los otros aluañares como en madres por limpieza y sanidad dela tierra la llamaron Valencia, como se dira en el processo deste libro. Fue este edificio nuestro antes que Romo illustrasse su Roma de la Italia, por mas de dozientos nouenta años. De suerte que como el diluuió fue en el año mil y seyscientos cinquenta y seys despues de la creacion del mundo, y Roma [= Valencia] se fundo quasi en los años nuevecientos y setenta [nuevecientos y sesenta y siete, precisará el propio Beuter más adelante]. Fue en el año del mundo dos mil seyscientos y veynte y seys. Y abra agora en el año del Señor, mil quinientos quarenta y cinco, que corren dos mil ochocientos nouenta y quatro años que fue fundada Valencia, en tiempo de Barac y Debora juezes de los Iudios.»<sup>11</sup>. Este último dato de cronología comparada es muy interesante, y es frecuente a lo

<sup>10</sup> Damos a continuación la línea de sucesión desde Adán hasta la gran sequía, como una curiosidad para aquellos lectores que estudiando ya la historia científica no han tenido la oportunidad de conocer la interpretación que nuestros antepasados dieron a tan remotos acontecimientos. (Véase en BEUTER: *Segunda parte de la Coronica...*, al dorso de la portada):

Adam. Seth. Enos. Cainan. Malaleel. Iareth. Enoch. Mathusalem. Lamech. Noe (*Passaron del principio del mundo hasta el diluuió. 1656 años.*). Iaphet. Tubal. Ibero (o Ibiro). Iuballa (Iubalda o Ydubeda). Brigo. Tago. Beto. Gerion. Los tres Geriones (que considera como un solo rey). Oron (o *Hercules Lybio vino a España año 658 del diluuió*). Hispal. Hispan. Oron por segunda vez. Hespero. Athlas Kytin (o Atlante). Oro (o Sic-Oro). Sic Ano. Eleo (o Siceleo). Luso. Vlo (o Siculo). Testa. Romo (*que fundo Valencia, dicha por el Roma primero, año diluuió 970 quasi*). Palatuo. Caco. Erythro. Gargoris (o Mellicola Gargoris). Y Abidos (o Habido).

<sup>11</sup> BEUTER, *Primera parte de la Coronica...*, cap. XI.

largo del libro de Beuter la referencia a hechos coetáneos de la historia del pueblo judío.

En apoyo de esta primitiva fundación de nuestra ciudad no aporta Beuter, como es natural, ningún dato positivo, excepto los supuestos textos de Beroso Caldeo, tomados de las crónicas de Annio de Viterbo. Es decir, nada.

¿Cuál pudo ser el fundamento de esta leyenda sobre la primera fundación de Valencia? Escolano, que como veremos más adelante, no se atreve a negar que Valencia se llamara Roma en la antigüedad, aunque parece inclinado a no creerlo, explica que, según Solino, el nombre primitivo de la ciudad del Tíber era Valencia, «si bien despues, el rey Evandro la quiso llamar Roma, mudándole solamente el sonido de la palabra, pero no el sentido: por cuanto en griego es lo mesmo Romi o Roma, que en latín Valentia o Valencia». Y como el nombre de Roma de nuestra ciudad se basa en los libros del Viterbense, añade el mismo Escolano: «Creo que como Solino dijo que Roma fue primero llamada Valencia, y que le trocaron este nombre en el de Roma por ser una mesma cosa en griego; le vino luego al pensamiento a Annio como forjar su quimera; y así dijo al reves de Solino, que nuestra ciudad tuvo primero el nombre de Roma, y que despues sin alterar la significacion, se le trocaron en el de Valencia.»<sup>12</sup>. Y respecto al rey Romo, lo considera una invención de Juan Annio: «Este fue, pues, el padre que enjendró los reyes nunca vistos en España... usando en este engaño de las mañas de su ingenio. Porque al hacer el libro apenas le venía a la memoria nombre de rio o monte o pueblo de España que no se aprovechase dél para formar un rey, como vemos que del rio Betis sacó al rey Beto; del rio Ebro a Ibero; de Tajo a Tago; del monte Idubeda al rey Idubeda; de la ciudad de Valencia (que en griego es lo mesmo que Roma) el rey Romo; el rey Palatuo, de los pueblos palatuos, o de la ciudad de Palancia de quien halló Annio que hacia mención Estrabon en el paraje de nuestra Valencia; y del nombre Briga, con que comunmente en lengua antigua Española eran nombradas las ciudades, el del rey Brigo.»<sup>13</sup>. Y el padre Mariana, al discutir también la existencia de tales fabulosos reyes afirma: «El otro es Romo, al cual hacen fundador de Valencia, nombre que en latín significa lo mismo que en griego, Roma; el cual nombre de Roma dicen tambien tuvo aquella ciudad antiguamente, a la manera que la ciudad de Roma, segun lo que dice Solino, que se llamó antiguamente Valencia, y Evandro le mudó el nombre y apellido en el que al presente tiene de Roma.»<sup>14</sup>.

De nuestra Valencia, Beuter ya no vuelve a tratar hasta la época de los dos primeros Scipiones, excepto para decir, de pasada<sup>15</sup>, que fue llamada por algunos *Epidrópolis*, lo que viene a significar «ciudad fundada sobre aguas, porque tiene dentro de sí mas de diez mil pozos, y como son de agua manantial dezianlos fuentes», y para comentar, cuando habla del sitio de Sagunto por Aníbal y acontecimientos coetáneos, que de Roma, es decir, de Valencia, como era una población

<sup>12</sup> ESCOLANO, *Década Primera*, libro IV, cap. IX.

<sup>13</sup> *Ibidem*, libro I, cap. IX.

<sup>14</sup> JUAN DE MARIANA, *Historia general de España...*, libro I, cap. IX.

<sup>15</sup> BEUTER, *Primera parte de la Coronica...*, cap. XVII.

tan pequeña en tales tiempos y de tan poca importancia, no se habla en los textos<sup>16</sup>. Respecto al extraño nombre de *Epidrópolis* nos ocuparemos más adelante, con ocasión de la obra de Escolano. Pero con referencia al silencio de los textos, cuando las guerras anibálicas por nuestro territorio, nos extraña cómo a la sagacidad de Beuter se le pudo escapar el detalle de que, si en las historias de Tito Livio y demás autores que trataron de la campaña de Aníbal contra Sagunto no se nombraba a Valencia estando tan cerca de aquella ciudad, solamente podía explicarse por su inexistencia.

Cuando este cronista trata detenidamente de Valencia es al narrar los acontecimientos ocurridos en nuestras tierras en época de los hermanos Publio Cornelio y Cneo Scipión, después de haber expulsado a los cartagineses de Sagunto (año 212 AJC.). Como quiera, dice Beuter, que esta reconquista de la ciudad inmola por su amistad con Roma no debía quedar sin algo que recordara tan fausto acontecimiento, los Scipiones «vieron el aparejo que quadraua a su intencion, hallando a quatro leguas de Sagunto a la parte que esta por donde fue tomada y destruyda, edificada la poblacion llamada Roma, fundada por el rey Romo de España, como dicho tenemos», y «determinaron de ensanchar este pueblo, y llamarle Valencia de Roma que se llamaua, porque supiesen en los siglos venideros como valia Roma a sus amigos, que por esto quisieron que Roma fuesse Valencia...» Y así los romanos levantaron grandes edificios, invirtiendo cuantiosas sumas, y pareciéndole a Cneo Scipión que el terreno era muy húmedo consideró que «conuenia para la sanidad del pueblo tener muchos aluañares y madres debaxo de tierra, a do se recogiesen todas las aguas de la ciudad para que presto se enxugasse la tierra de las lluuias y otras aguas, y fuesse tambien mas limpia, reciuiendo las bassuras en estas acequias sotterrañas.»<sup>15</sup> De forma que, según Beuter, Cneo Scipión ordenó hacer seis grandes cloacas, a imitación, dice, de las que en Roma hiciera Tarquino Prisco, cubiertas de bóveda firmísima y tan profundas que por ellas podía circular un hombre montado a caballo. En prueba de su existencia relata nuestro cronista el descubrimiento de una de estas cloacas, el año 1526, en la esquina de la plaza de la Hierba, en dirección al Almudín, y otra, un año antes, que pasaba por debajo de la iglesia de Santo Tomás, en dirección a la Cofradía de Nuestra Señora, en cuya bóveda había encajada una lápida romana que rompieron al sacarla y de cuyas letras, según Beuter —que la considera como parte de una sepultura—, sólo se pudo leer la palabra CASTELLU, de lo que deduce que por allí estaría enterrado el *castellarius* o guardián de la conducción de aguas.

En esta segunda fundación de Valencia, otra de las cosas que Scipión mandó hacer fue poner los «fundamentos de la cerca, que hasta hoy permanecen», o sea la muralla, explicando Beuter, con gran lujo de detalles, cómo era ésta, por dónde iba, las torres que tenía, las puertas que en ella se abrían, etc.; la construcción de un «palacio y casa grande para la presidencia de la ciudad», que sirvió además de cárcel —donde unos siglos después el diácono Vicente recibió la visita de los ángeles—, la edificación de varios templos, entre ellos uno dedicado a Diana donde

<sup>16</sup> BEUTER, *Primera parte de la Coronica...*, cap. XVII.

«agora esta la yglesia mayor», otro a Hércules «donde hoy dizen el trinquete de los Caualleros» y otro a Serapis. Todo esto lo justifica Beuter mediante unas lápidas que copia y comenta.

Y por último, como obra que corona todas las antes citadas, labrada la ciudad, «hizo vn estanque para mejor prouision de la tierra, que los Moros despues llamaron Albufera», como, según afirma Beuter, en Nápoles e Italia se hallan muchos.

«Despues desto poblando la ciudad de muchos soldados viejos y de otras gentes Romanas que seguian el campo hizola colonia de Roma como el Plinio la nombra diziendo que esta a tres millas de la mar que hazen vna pequeña legua Italiana.»

La fecha del comienzo de todas estas obras por Scipión fue «el año que Sargunto fue restituydo a sus naturales, corriendo los años del diluuiio dos mil, ciento y seys. Y segun la cuenta del Orosio fue dozientos años antes que Christo nuestro señor naciesse, hauiendo passado mil y ciento, y treynta, y nueue años de su primera fundacion hecha por Romo que fue en el año del diluuiio nueuecientos, y sesenta y siete, como ya arriba diximos»<sup>16</sup>. Aunque en realidad arriba dijo «quasi en los años nueuecientos y setenta».

No existe razón alguna, ni en los textos ni en hallazgos arqueológicos, que permitan aceptar esta permanencia de los Scipiones en Valencia. Veremos después cómo Escolano no cree en este ensanchamiento de la ciudad en la época en que Beuter lo supone, y cómo Llorente lo niega en absoluto. El problema de las cloacas, que fue muy repetido posteriormente por casi todos los tratadistas de las antigüedades de nuestra ciudad, se resuelve, sin más, con los mismos datos que proporciona Beuter. El fragmento de lápida encontrado formando parte de la bóveda aparecida bajo la iglesia de Santo Tomás demuestra bien a las claras que dicha bóveda es posterior a la lápida y que, por tanto, ésta se utilizó, ya rota, en la construcción de aquélla. Y porque todas las lápidas halladas hasta la fecha en nuestra ciudad son de época imperial. Por lo cual también es imposible de justificar la existencia de una serie de templos dedicados a los dioses mencionados antes, utilizando para ello las lápidas que Beuter cita: es indudable que son dedicaciones a tales dioses, pero ni pueden atestiguar la existencia de los templos ni la fecha que se les quiere dar, ya que, como acabamos de decir, son de fechas muy posteriores, ya avanzada nuestra Era. Respecto a la construcción artificial de la Albufera, no vale la pena hacer ningún comentario.

Y ya no se vuelve a nombrar la ciudad de Valencia hasta el momento de su verdadera fundación (año 138 AJC.), que Beuter despacha, sin darse cuenta de la verdadera trascendencia del hecho, con un par de renglones: Decio (Décimo) Junio Bruto, tras vencer a portugueses y gallegos, pasó sus tropas más allá del río Lete, hoy Limia, aunque para Beuter es el Guadalete, pacificando las tierras y dio «los campos de Valencia a los soldados que pelearan contra Viriato»<sup>17</sup>, justificándolo mediante una lápida existente en su tiempo en la esquina de la plaza de Villarasa que, además de ser de época muy posterior, no tiene nada que ver con el cónsul Bruto, aunque se dedicara a alguien que llevaba el mismo *nomen*.

<sup>17</sup> BEUTER, *Primera parte de la Coronica...*, cap. XXI



Lógicamente, la actitud de Beuter ante este establecimiento de soldados romanos, veteranos de la lucha contra Viriato —así interpreta el autor la fase *sub Viriatho militaverant*—, no podía ser otra, ya que Valencia estaba fundada bastantes años antes y engrandecida y convertida en una verdadera ciudad desde la época de los Scipiones. Pero no deja de ser interesante esta supervaloración de leyendas, creadoras de una auténtica convicción que impidió a Beuter, buen latinista, leer debidamente la frase *quod vocatum est Valentia* (Liv., per. 55) y no darse cuenta de la trascendencia del texto, el más antiguo que habla de nuestra ciudad y en el primero, por tanto, en que aparece su nombre.

Es natural que con este trasiego de fundaciones y ampliaciones la interpretación por Beuter de la fórmula *Valentini Veterani et Veteres*, no ofreciera dificultad: «Estos valencianos veteranos y viejos que en esta piedra se nombran deuiéron ser soldados de Sertorio, que primero militarán con Scipion el menor, nieto que fue de Scipion el mayor hijo deste Publio Scipion que entreuino en estas fabricas con Gneo Scipion su hermano y por eso se llaman veteranos, porque hauian ya recebido veynte pagas a lo menos. Los otros que no eran tan antiguos en el campo llamaronse viejos por hauer seguido la guerra muchos años, y ser platicos y diestros allegados siempre a Sertorio del principio de la guerra.»<sup>18</sup>. Véase sobre esto lo que más adelante se resume de los restantes cronistas y la posición actual de Fletcher<sup>19</sup>.

Notamos a faltar en Beuter la mención de Tyrís. La explicación la encontramos en el hecho de que por el año 1545, fecha en que corrigió y completó la edición castellana de su obra, no se conocía aún en España la *Ora Marítima* de Avieno, cuya edición príncipe se publicó en Venecia por Víctor Pisano en 1488 y debió difundirse poco, por lo menos en nuestra Península, a la que llegó a través del geógrafo de Felipe II, Abraham Ortelio (Oertel, 1527-1598), que copió la edición del Pisano<sup>20</sup>.

## II. GASPAS ESCOLANO Y FRANCISCO DIAGO

Gaspar Juan Escolano (1560-1619) y Francisco Diago (1562 ó 1564-1615) escribieron sus historias de Valencia durante los mismos años, aunque la de aquél se publicara antes (1610-1611) que la de éste (1613), y quedando ambas incompletas, ya que las *Décadas* de Escolano alcanzaron hasta el reinado de Pedro III y los *Anales* de Diago terminan con la muerte de Jaime I.

La aparición de la primera parte de la *Década Primera* de Escolano tres años antes que la obra de Diago permitió a éste discutir muchas de las afirmaciones de aquél, sin razón la mayor parte de las veces, mas de forma acre y virulenta. La enemistad manifestada por Diago es tal, que en los *Anales* no cita a Escolano por su nombre ni una sola vez, llamándole siempre *un moderno, cierto moderno*, etc.

Aun cuando las dos historias son contemporáneas, existe entre ellas una gran diferencia en lo que respecta a la parte dedicada a la Edad Antigua, pues así como

<sup>18</sup> BEUTER, *Primera parte de la Coronica...*, cap. XVII.

<sup>19</sup> FLETCHER, *Consideraciones...*, p. 199.

<sup>20</sup> A. SCHULTEN, *Fontes Hispaniae Antiquae*, I, 2.<sup>a</sup> ed. Barcelona, 1955, p. 55.

Diago sigue, poco más o menos, el plan que siguiera Beuter, es decir, la narración continua cronológicamente desde la creación del mundo en adelante, Escolano no sigue como él mismo confiesa un *orden en el tiempo de las cosas*, pues escribe *por discursos*, y *ajustado con el método de la prudencia*. Además, Escolano muestra un espíritu crítico que le impide creer en aquellos personajes y acontecimientos que no encuentra citados en textos de solvencia (para él), mientras que Diago, que en ocasiones también hace notar su buen criterio, quizá por situarse en una posición contraria a la de su contemporáneo, acepta todas o casi todas las cosas que aquél rechaza.

Quando Beuter escribió su *Coronica* se encontró ante un campo, como hemos dicho, casi virgen. Pero desde la fecha de aparición de aquella obra hasta las de Escolano y Diago la bibliografía histórica se había visto enriquecida con las historias de Florián de Ocampo (1543), Ambrosio de Morales (1574-1586) y Juan de Mariana (1592); la epigrafía y la numismática habían ya superado sus primeros balbuceos y, lo que es más importante para el objeto de nuestro trabajo, se había difundido por España la obra geográfica de Abraham Ortelio y con ella se había dado a conocer la *Ora Maritima* de Rufo Festo Avieno. Este periplo debió alcanzar pronto fama, pues Escolano cita la interpretación de los versos 481 y 482 que hizo el maestro Pedro Juan Núñez (1522-1602), filósofo y humanista valenciano, al cual estos temas de historia antigua solamente podían interesar de forma muy accesoria. Téngase además en cuenta que Diago considera que los datos que la *Ora Maritima* proporciona son contemporáneos del autor (fines del siglo IV de nuestra Era), mientras que Escolano habla del Avieno de forma muy nebulosa y sin precisar cronologías, como hace en general en su desordenada historia de la antigüedad. Este concepto del periplo marsellés refundido por Avieno era el corriente en la época de nuestros cronistas, pues hasta fines del siglo XVIII (1791) no se lanzó la teoría de que detrás del texto latino se ocultaba un antiquísimo autor griego<sup>21</sup>.

a) GASPAS ESCOLANO. — La obra de Gaspar Escolano<sup>22</sup>, en la parte que a nosotros nos interesa (libros I y IV de la Primera parte), no está redactada con *orden en el tiempo de las cosas*, como el propio autor declara en la *Prefación*, sino que trata de las distintas materias por temas, *por discursos*, *ajustado con el método de la prudencia*, por lo que resulta un libro incompleto, desordenado y reiterativo, lo cual es de lamentar, pues las acertadas críticas que contiene a muchos de los

<sup>21</sup> SCHULTEN, ob. cit., p. 56.

<sup>22</sup> *Década Primera de la Historia de la Insigne, y Coronada Ciudad y Reyno de Valencia*. Por el Licenciado GASPAS ESCOLANO, Retor de la parrochia de S. Esteuan, Coronista del Rey, nuestro señor en el dicho Reyno: y Predicador de la Ciudad y Consejo. Primera Parte. Dirigida a los tres Estamentos... Contiene esta Década... En Valencia, por Pedro Patricio Mey, junto a Sant Martin, 1610.

*Segunda parte de la Década primera de la Historia de la Insigne y Coronada Ciudad y Reyno de Valencia...*, 1611.

*Décadas de la Historia de la Insigne y Coronada Ciudad y Reino de Valencia*, por el Licenciado GASPAS ESCOLANO..., aumentada con gran caudal de notas, ampliaciones aclaratorias y continuada hasta nuestros días por JUAN B. PERALES... Valencia, 1878-1879. Tres tomos, el último íntegramente de Perales. Esta edición es a la que se refieren nuestros comentarios.

Véase en CASTAÑEDA, ob. cit., pp. 32-38 y 62-63, la biobibliografía de Escolano.

errores de la época se diluyen a lo largo de los capítulos deshilvanadamente. El lector no puede darse una idea de los acontecimientos históricos del Reino de Valencia en la Edad Antigua con sólo leer el libro de Escolano, ni aun siquiera uniendo, como en un rompecabezas, los abundantes y diversos datos que en él se hallan dispersos. Fue quizá su hipercrítico punto de vista, que a veces ha sido considerado desapasionado criterio, lo que ha hecho que de las *Décadas* lo menos construido y menos aprovechable sea la parte dedicada a la antigüedad. Y eso que la aportación de noticias y datos, principalmente epigráficos, es aún de gran interés.

A pesar de todo lo dicho, Escolano, muy en su época, recoge las leyendas de Túbal y sus descendientes, de la venida de Noé y muchas otras, aunque no con la extensión y detalle de otros autores, pues «apenas ha quedado rastro de las cosas acaecidas en España antes de la entrada de los Cartagineses, sino muy confuso y envuelto todo en mil patrañas», de forma que entre tantos reyes como dicen que reinaron desde Túbal, «no ha habido autor ni memoria que nos diese noticia mas que de unos pocos dellos»<sup>23</sup>.

Es difícil llegar a concretar la idea que Escolano tuvo de la fundación de Valencia, pues tan pronto la considera ya existente en tiempos del tratado del Ebro (226 AJC.), como no cree que los Scipiones la engrandecieran, pero sin decidirse a afirmar si existía o no, o atribuye su fundación con el nombre de Tyrís a los tyrios y, hasta en cierta ocasión, incluso parece inclinado a aceptar el fabuloso nombre de Roma. Salva su indecisión diciendo que de lo por él expuesto «se sigue que no podemos señalar con certeza quien fue el primer fundador de Valencia, ni en que tiempo»<sup>24</sup>. La única cosa cierta que se desprende es que la verdadera fundación de Valencia por Junio Bruto el año 138 AJC. es para Escolano sólo un episodio más en el divertido juego de poblamientos y repoblamientos.

Túbal llegó a España y posiblemente a nuestras tierras; Noé le hizo una visita y hasta fundó algunos pueblos; los sagas armenios llegados con el hijo de Jafet fundan Sagunto, Edeta y alguna que otra población más. Pero lo que Escolano no puede admitir es la existencia del rey Romo y la fundación por éste de Valencia, aunque con el nombre de Roma: «si queremos dar oído a Lucio Marineo Sículo, a Beuter, a Pineda, y a otros muchos que lo tomaron del Anio Viterbiense en su fingido Beroso; en el año ochocientos noventa y tres despues del diluvio, fue rey de España uno llamado Testa, y tuvo su corte entre los pueblos contestanos... Despues de Testa reinó en España, Romo su hijo. Deste escriben que fundo a Valencia el año novecientos sesenta y siete después del diluvio, y llamándola Roma, de su nombre, hizo en ella de propósito su asiento... Pero dejándoles [a Lucio Marineo, Beuter, etc.] por testigos de dudosa y poca fé en todo lo que tomamos del finjido Beroso, oigamos lo que con certeza nos dejaron escrito Polibio y Tito Livio...»<sup>25</sup>. Y hace Escolano una cortísima relación, llena de errores (por ejemplo, enfrenta a los fenicios contra Viriato), en la que siempre parece que se deja entrever la existencia de Valencia en tiempos cartagineses: «Es verdad que en esta pri-

<sup>23</sup> ESCOLANO, *Década Primera*, Primera parte, libro I, cap. VIII, p. 24.

<sup>24</sup> *Ibíd.*, libro IV, cap. X, p. 393.

<sup>25</sup> *Ibíd.*, libro I, cap. XVI, p. 51.

mera partición [la que fijó el Ebro como frontera de zonas de influencia de romanos y cartagineses en el año 226 AJC.] solo la famosa Sagunto o Murviedro con todo su campo. en que entraba nuestra Valencia, cupo a los romanos.»<sup>26</sup>

Cuando trata de los nombres que ha tenido nuestra ciudad<sup>27</sup>, problema íntimamente relacionado con el de su fundación, recoge la ya por nosotros conocida versión de la Roma = Valencia: «No es muy fácil de averiguar si ha tenido nuestra ciudad otros nombres que el de Valencia»; aunque el Viterbense dijera que había sido fundada por el rey Romo y bautizada con el nombre de Roma, cuya invención fue seguida por «autores graves» (Pineda, Marieta, Lorenzo, Anania, Pradas y Beuter) y negada por otros, como Mariana. Véase a este respecto lo que hemos recogido antes, al tratar de la *Coronica* de Beuter. Hace resaltar nuestro autor la contradicción del obispo Bernardino Gómez Miedes, que tras haber aceptado la fundación por Romo, posteriormente da una nueva versión, diciendo que «no tenemos por fabuloso, dando a la antigüedad por autor, lo que vulgarmente se refiere que Valencia fue primero llamada Roma, por haberle impuesto aquel nombre corsarios griegos, que navegaron por estos mares, y en las tierras marítimas hicieron sus entradas: y por haber hallado en Valencia mas resistencia y gente mas guerra que en las otras [la fantasía del obispo Miedes es excepcional] la llamaron Romi en griego, que quiere decir, valentía y esfuerzo, si bien después los romanos por la razón ya dicha, le quitaron con la libertad el nombre»<sup>28</sup>. Y comenta Escolano que «habla Miedes sin autor de los antiguos que lo acredite», pero no se atreve a rechazar tan bonita y halagadora teoría y añade: «no le daremos toda la fé que quisiéramos: aunque lo tenemos por muy verosímil, por el mucho tiempo que los griegos hicieron asiento en esta costa»<sup>29</sup>.

El nombre de *Epidrópolis* que Beuter, como se ha dicho, afirmara que tuvo Valencia, «por no acotar con autor, ni con piedras antiguas, ni con medallas, ni escritura que lo diga, nuestro doctísimo Núñez [el ya citado Pedro Juan Núñez] lo tuvo por imaginación» y así también lo tiene Escolano. Quien igualmente niega que Valencia se llamara Coyanca como algún autor había erróneamente escrito. Es interesante observar la voluntaria selección que Escolano hace de los nombres. *Epidrópolis* no puede ser Valencia, pues no hay testimonio que así lo diga. Roma, sí, aun cuando tampoco hay testimonio alguno que autorice a creerlo. La fascinación del nombre jugaba aquí su papel.

Y, siguiendo en este tema de los nombres que tuvo Valencia, llega Escolano al de Tyris: «Ruffo [sic] Avieno Festo [obsérvese el trastueque de *nomen* y *cognomen*]... nos alumbra de cierto nombre que tuvo Valencia, no advertido de nadie. Porque despues de haber tratado de la boca del rio Júcar en la descripción de nuestra costa, dice estas palabras: "Neque longe ab huius fluminis [sic] divortio / perstringit [sic] amnis Tyrius, oppidun [sic] Tyrtm" [sic, error tipográfico por

<sup>26</sup> ESCOLANO, *Década Primera*, libro I, cap. XV, p. 46.

<sup>27</sup> *Ibidem*, libro IV, cap. IX, p. 391.

<sup>28</sup> B. GÓMEZ MIEDES, *La Historia del Rey... Don Jaime... agora nuevamente traduzida por el mismo autor*, Valencia, 1584, libro XII, cap. XIV. Citada por Escolano.

<sup>29</sup> ESCOLANO, *Década Primera*, Primera parte, libro IV, cap. IX, pp. 391 y 392.

Tyrim]. Que quiere decir: Tras Jucar, no muy lejos de su boca, / El río Tyrio baña el pueblo Tyris. Donde se descubren dos antigüedades muy grandes; la una que nuestro río Turia fuese llamado Tirio, y Tiris Valencia. El maestro Nuñez sobre este lugar decía, que como fue población de Tirios, ella y su río tomaron el nombre dellos, y que le llamaron Tiris, como si dijeran "parva Tirus", Tiro la pequeña, contraponiéndola a su famosa y gran ciudad de Tiro. También le cuadra a la nuestra el nombre de Tiris, por su grande fertilidad y grosura; que esto es lo que significa, según Nuñez, la palabra Tiro o Tiris, en su lengua natural: y della se extendió al río llamarse Tiria, y después gastándose el vocablo Túria.»<sup>30</sup>

La fundación de Tyris por los tirios tampoco es rotundamente afirmada por Escolano, quien, al parecer, lo único que tiene por cierto es que en muy antiguos tiempos nuestra ciudad llevó tal nombre. Así, pues, tras no haberse decidido a admitir la fundación de Valencia = Roma por Romo, aunque considera verosímil que nuestra ciudad en algún momento pudiera llamarse Roma, como fundación de navegantes griegos, habla de «los fenicios y tirios, que dellos es cosa averiguada que por mucho tiempo nos habitaron el reino», los cuales poblaron Ibiza «y un pueblo de nuestra Marina, que hoy día llamamos Tirig o Tirige, y en tiempos de romanos Tirice, por sus fundadores los tirios. Y aunque según el antiquísimo Rufo Avieno en el libro de "Oris marítimis Hispaniae", nuestra ciudad de Valencia antiguamente se llamaba Tiris, como en demostración de haber sido edificada, o siquiera poblada de los tirios»<sup>31</sup>. Así que, con Escolano, como hemos dicho, nunca sabemos a qué carta quedarnos. El testimonio de Avieno lo reitera al tratar del mar Mediterráneo y de los nombres que tuvo, uno de los cuales fue, según *algunos autores*, el de Thyrreno, que le pusieron los romanos cuando se establecieron en Tarragona, pero que Escolano opina que «no carece de probabilidad ser mucho más antiguo, y que aquellos Tyrios que en los siglos primeros dieron a Valencia el nombre de Tyris... y fundaron pueblos en el paraje de nuestra costa, dieron también el de Tyrreno al mar que la baña»<sup>32</sup>.

Y con estas indecisas palabras de Escolano, vagas en el tiempo, se afirmó la creencia en una población anterior a la Valencia romana, apoyada ya en un texto antiguo, y que tanto éxito ha tenido entre eruditos e historiadores desde el siglo XVI hasta nuestros días. No sabemos quién fue el que la lanzó, pues Escolano la recoge del maestro Pedro Juan Nuñez. Su inmediata aceptación —aunque, como veremos, Diago no la admita— fue consecuencia del afán de creer en la existencia de esa ciudad prerromana, que había sido causa de tomar como buena la invención de un rey Romo, como verosímil la leyenda de que Valencia se llamara en un principio Roma, y considerar cloacas romanas lo que no eran más que unos desagües o unos antiguos fosos tapados, todo sin la menor base documental ni arqueológica. Por eso en cuanto se conoció el texto de Avieno y se lanzó la posibilidad de que se refiriera a la pre-Valentia soñada, sin ulterior análisis, se acogieron a él con todo entusiasmo y, sin lugar a dudas, con un éxito absoluto. La prueba de esto la tene-

<sup>30</sup> ESCOLANO, *Década Primera*, Primera parte, libro IV, cap. IX, p. 392.

<sup>31</sup> *Ibidem*, libro I, cap. XIX, p. 80.

<sup>32</sup> *Ibidem*, libro IV, cap. VII, p. 382.

mos en que desde finales del siglo XVI (recordemos que el maestro Pedro Juan Núñez vivió desde 1522 a 1602) hasta pasada la mitad del siglo XX (el primer trabajo de Fletcher poniendo en duda el binomio Tyrus = *Valentia* se publicó en 1953<sup>33</sup>), se tuvo como axiomática, con muy escasas excepciones (el canónigo Cortés), la existencia de Tyrus predecesora de la *Valentia* romana, por lo menos entre los historiadores y eruditos locales. Hoy, tras su estudio minucioso<sup>34</sup>, puede pareceros extraño que, ante unos versos tan imprecisos, se levantara una tan fuerte opinión. Pero pensemos cuán concluyentes y probatorios debieron parecerles a aquellos historiadores que, sin ninguna prueba, habían estado oyendo hablar de la Valencia antiquísima, muy anterior a la llegada de los romanos, antecedente de la ciudad en la que ellos vivían, a la que tanto loaban en sus escritos y a la que necesitaban considerar, con esa infantil creencia de que cuanto más viejo más bueno, tan antigua como la más de España.

También Escolano se hace eco<sup>35</sup> del ensanche y mejora de Valencia, que Beuter atribuyó a los hermanos Scipiones. Repite lo que ya antes dijimos al referirnos a éste, deteniéndose también en la descripción de las cloacas. Y habla del hallazgo de la lápida *engastada en la bóveda*, de la que ya trató Beuter. Escolano discute la opinión que aquél dio sobre el objeto de esta lápida, y aporta la suya, también errónea al no darse cuenta que si la piedra con la inscripción formaba parte de las de la bóveda, significaba su reutilización como simple losa o sillar en una época muy posterior a la en que se escribieron en ella las letras. Pone en duda Escolano que la amplificación y ennoblecimiento de Valencia fuera obra de los Scipiones, pues al no fundamentarlo con «autor alguno, que antes dél [de Beuter] lo hubiera escrito», sino que «habla sin testigo y no tiene más crédito su dicho que el que merece haberlo firmado de su mano un hombre tan docto y bien mirado como él»<sup>36</sup> y no poderse interpretar las lápidas que Beuter tomó como prueba de dicha obra en el sentido en que aquél lo hizo, concluye que no es posible saber si tales reformas de Valencia se hicieron en época de los Scipiones o en tiempos más modernos. La crítica que hace Escolano de las inscripciones encontradas en Valencia y Sagunto, que Beuter consideró como fundamentales para probar la intervención de los Scipiones, es aún hoy muy interesante, pues llega a plantearse la cuestión de si tales lápidas serían de época imperial romana, como en efecto lo son.

Para el objeto de nuestro artículo lo que interesa destacar de todo esto es que Escolano sigue creyendo en la existencia de una Valencia anterior a la fundación de Junio Bruto, y lo que discute es solamente si tal población fue ampliada en tiempos de los Scipiones, como decía Beuter, o más tarde. «Lo que sabemos con certeza [concluye] es que la destruyó Pompeyo... y se tiene por muy probable que la reparó Sertorio, por lo que arriba se dijo.»<sup>37</sup>

<sup>33</sup> D. FLETCHER VALLS, *La Tyrus ibérica y la Valentia romana*. Castellón de la Plana, 1953.

<sup>34</sup> Véase la bibliografía citada en la nota primera.

<sup>35</sup> ESCOLANO, *Década Primera*, Primera parte, libro IV, cap. X.

<sup>36</sup> *Ibidem*, libro IV, cap. X, p. 394.

<sup>37</sup> *Ibidem*, libro IV, cap. X, p. 395.

El problema de si Bruto fundó Valencia o la encontró ya fundada es objeto de detenido examen por Escolano. La conclusión a que llega se desprende de lo dicho hasta ahora: Valencia ya existía antes. Y discute y rechaza las opiniones en contra que al respecto ya corrían por entonces. Así, resume las opiniones de Beuter, Ambrosio de Morales y Mariana. El primero, como vimos, dijo que Bruto dio los campos de Valencia a los soldados romanos que habían luchado contra Viriato; el segundo piensa lo mismo respecto a los beneficiarios de la donación, pero no cree que la Valencia a que se refiere el historiador latino sea la nuestra, ni que se les diera a tales soldados una ciudad, «sino sitio y lugar donde edificasen ciudad para su habitación»; y el último piensa lo mismo que Morales, pero difiere en los destinatarios del beneficio, ya que considera que fueron los soldados de Viriato que pelearon contra los romanos. «Todo lo que estos autores dicen [añade Escolano] va muy fuera de la verdad. Porque la Epítome de Tito Livio, recopilada por nuestro español Lucio Floro en el libro cincuenta y cinco (de quien ellos tomaron la relación deste caso), no dice que el consul Bruto hubiese dado a los soldados que pelearon contra Viriato la ciudad de Valencia, sino a los que pelearon por él, y debajo de su bandera. Ni dice que les dió sitio para edificar ciudad a quien ellos despues de edificada pusiesen de nombre Valencia, sino que les dió la ciudad de Valencia y su campo para su habitación y vivienda.»<sup>38</sup>. Dice también que la Valencia citada por Tito Livio no podía ser otra más que la nuestra y aduce como opiniones semejantes a la suya, respecto a la situación geográfica, las de los portugueses Ludovico Nonius y Andrés de Resende, los cuales se equivocan, según su criterio, solamente al considerar que la ciudad fue obra y fundación de Junio Bruto<sup>39</sup>.

Así, pues, las ideas de Escolano sobre la fundación de Valencia, tan dispersas a lo largo de los libros I y IV de su *Década Primera*, las podemos resumir del siguiente modo: Antes del diluvio universal hubo gentes y ciudades por estas tierras de las cuales se perdió memoria, aunque no las olvidó Noé, que las debió tener presente y recomendar a su nieto Túbal, hijo de Jafet, al que correspondió repoblarlas cuando la dispersión a consecuencia de la confusión de lenguas en Babel. Túbal llegó a las costas de nuestra Península fundando Sagunto y Edeta, por lo que tiene por cierto nuestro autor que «nuestros primeros pobladores fueron armenios»<sup>40</sup>, pues de Armenia llegó el nieto de Noé. De los muchos reyes y acontecimientos que siguen hasta la llegada de los cartagineses no se sabe nada con certeza. Con la llegada de los tirios, en un momento cronológico vago, poco preciso, pero anterior a la llegada de griegos y demás pueblos (cartagineses incluidos), tomando el testimonio de Avieno, se edificó Valencia, o por lo menos fue poblada por aquéllos, como lo demuestra el nombre de Tyrís que el poeta romano da a una población situada en la ribera del río Tyrís (que se identifica como el Turia) y que Escolano, siguiendo la opinión del maestro Pedro Juan Núñez, cree que es Valencia. Posteriormente los griegos estuvieron por esta región y es verosímil que llamaran a nuestra

<sup>38</sup> ESCOLANO, *Década Primera*, Primera parte, libro I, cap. XIX, p. 83.

<sup>39</sup> *Ibidem*, libro I, cap. XIX, p. 83, y libro IV, cap. IX, p. 392.

<sup>40</sup> *Ibidem*, libro I, cap. XIX, p. 80.

ciudad Romi o Roma, palabra equivalente en su lengua a la latina *Valentia*. Duda Escolano que Publio Cornelio y Gneo Scipión ensancharan la ciudad, la dotaran de edificios monumentales y ordenaran construir la red de cloacas, inclinándose más a considerar que estas obras las hizo Sertorio. Y por último, terminadas las luchas de Roma contra Viriato, el cónsul Junio Bruto dio la ciudad, con sus campos, a los soldados que habían luchado a las órdenes del caudillo lusitano contra los romanos, para que se establecieran en ella y, al mismo tiempo, alejarlos del escenario principal de sus guerras. La crítica que sobre esta concepción de la más antigua historia de nuestra ciudad se puede hacer queda reflejada en lo que antes hemos dicho con respecto a la *Coronica* de Beuter y en los más recientes trabajos sobre la cuestión, a los que nos hemos referido en varias ocasiones<sup>41</sup>.

También Escolano intenta dar una solución a la interpretación de la fórmula epigráfica *valentini veterani et veteres*, aunque «por haber navegado sin piloto en esta materia» él mismo no puede asegurar que sea correcta. Entre los autores anteriores que han estudiado la materia halla que Ambrosio Morales confiesa no saber dar una explicación satisfactoria, y que Beuter, cuya opinión ya conocemos, y Ludovico Nonius que creía que los *veterani* eran los soldados con los que se fundó Valencia y los *veteres* los que después se avocindaron en ella, se equivocan, pues son gentes muy alejadas en el tiempo de la fecha de las lápidas en que tal fórmula se encuentra (mitad del siglo III después de Cristo). Da Escolano varias soluciones: Existían en nuestra ciudad dos linajes de colonos romanos, los que «de algunos años atrás estaban heredados en esta ciudad, y otros que de más antiguo gozaban de su vecindad en pago de sus servicios. A los primeros llamaban viejos [*veteres*], a diferencia de los más viejos pobladores, a quien por eso llamaron veteranos; o también, lo que es muy probable, a los más antiguos llamaron veteranos; y a los que después vinieron llamaron viejos, por distinguirlos de otras colonias que frescamente habrían llegado de Roma». Pero no satisfecho nuestro viejo cronista con esta simple explicación, apunta la posibilidad de que fueran *veterani* los licenciados del ejército romano a los que se les había dado heredades, casas y rentas por haber servido en la milicia durante todo el tiempo exigido por las leyes, y serían *veteres* los que, haciendo años que servían, no habían aún terminado el período militar y «que debían estar como de presidio en Valencia», es decir, de guarnición. Y aún añade Escolano una última posibilidad de interpretación, siguiendo a Aulo Gelio, según el cual se llamaban en Roma ciudadanos viejos a los que realmente habían nacido en dicha ciudad y nuevos a los que habían sido admitidos a gozar del derecho de ciudadanía, como si fueran naturales de Roma, por lo que «los romanos de Valencia, intitulados veteranos, eran los que realmente tenían su nacimiento y origen en Roma; y los valencianos viejos los que gozaban de muy atrás de privilegio de romanos por merced»<sup>42</sup>.

Estas interpretaciones de Gaspar Escolano, que dejan el problema sin resolver, como todavía se encuentra<sup>43</sup>, nos muestran su sagacidad y su espíritu crítico y de

<sup>41</sup> Véanse los trabajos citados en la nota 1.

<sup>42</sup> ESCOLANO, *Década Primera*, Primera parte, libro I, cap. XIX, pp. 82 y 83.

<sup>43</sup> FLETCHER, *Consideraciones...*, pp. 199 y 200.



buen investigador, dotado de gran honradez y probidad, lo cual también queda demostrado por esa nebulosa y vaga forma de exponer aquellos acontecimientos de los que no se tienen datos firmes, como hemos hecho destacar a lo largo de este artículo. Es lástima que la parte de su *Década Primera*, dedicada a la Edad Antigua, no la ordenara algo mejor, pues en ella, como hemos visto, se halla nuestra historia expurgada de multitud de leyendas y patrañas, encontramos por primera vez la incorporación de Tyris a Valencia y vemos analizar, con más o menos acierto, pero de forma inteligente, multitud de aspectos problemáticos que hasta tiempos muy recientes no han sido resueltos, o que aún en nuestros días continúan siendo incógnitas para los especialistas.

b) FRANCISCO DIAGO.—Y pasemos a ver lo que fray Francisco Diago dejó dicho sobre la fundación de Valencia.

Ya hemos indicado cómo la obra de Diago apareció unos pocos años después de la de Escolano, aunque al parecer se iniciara al mismo tiempo, pudiendo por lo tanto recoger los errores contenidos en la *Década Primera*. A lo largo de los *Anales* de Diago, pero sin citar nunca por su nombre a Escolano, se contienen multitud de críticas a la obra de éste, las que, si en alguna ocasión son acertadas, en la mayoría de ellas, por el afán de contradecir las afirmaciones de Escolano, obligan a Diago a caer en errores imperdonables. Quizá el principal error de este cronista estuvo en tomar la defensa de Annio de Viterbo, posiblemente sólo por la razón de haberlo atacado Escolano —aunque el hecho de ser hermanos de hábito fray Juan Nanni y fray Francisco Diago también pudo influir—, con lo que dio entrada en los *Anales* a una serie de personajes y acontecimientos contra los que la erudición de su época ya se había pronunciado.

Es cierto que Diago recopiló una gran cantidad de documentación, pero como más de la mitad de la única parte de su obra que se publicó se refiere a hechos anteriores a la Edad Media, poco fue el provecho que de ella pudo sacar. También es cierto que en la exposición de su libro se sigue un método muy ordenado, un orden cronológico estricto, pero habiendo dado cabida en él a las falsificaciones del Viterbense y de otros falsos cronistas de la antigüedad, mantiene todas las fábulas y leyendas que ya Beuter recogió, hasta el punto que sus *Anales* más parecen una derivación de la *Coronica* de aquél. Da la sensación la obra de Diago de haberse dado un paso atrás, en lo que se refiere a la parte que a nosotros nos interesa, en la historiografía valenciana, sobre todo si se pone en relación con la de Escolano. Sin embargo, se encuentran atisbos interesantes, de buen investigador, lo que nos hace sospechar que si no hubiera tenido el prurito de polemizar contra Escolano su obra hubiera sido mejor. Véase a este respecto la aguda crítica que hace a la tendencia de justificar el nombre antiguo de una población por el epígrafe de unas monedas encontradas en ella<sup>44</sup>.

Siguiendo Diago un orden lógico, comienza sus *Anales del Reino de Valencia*<sup>45</sup>

<sup>44</sup> DIAGO, *Anales*, libro II, cap. IV, fols. 22 v. y 23.

<sup>45</sup> *Anales del Reyno de Valencia*. Tomo Primero, que corre desde su población después del Diluvio, hasta la muerte del Rey don Iayme el Conquistador. Compuestos por el Padre

dando una descripción del mismo, de los límites que tuvo en las diversas épocas, de las gentes que en él habitaron, de los pueblos que existían en las antiguas regiones ocupadas por los ilerconvones, edetanos y contestanos y tratando de «que este Reyno de Valencia es vna cifra y suma de todo lo bueno que se halla derramado en los otros de todo el mundo». A continuación comienza la historia, empezando, como es natural, con los antecedentes de la llegada de Túbal a España.

Sagunto es la primera población fundada en nuestra región por los sagas que vinieron con Túbal; luego, los mismos o los ya establecidos en Sagunto, fundan Segóbriga que, para Diago, como para los demás cronistas valencianos, no hay duda que es Segorbe. Todavía viviendo Túbal, y antes de la visita que hizo a España Noé, se funda Edeta (año 2150 antes del nacimiento de Cristo), y pasado bastante tiempo, por el año 1718, Hércules Egipcio funda Saetabis. Con estos antecedentes se llega a la aparición de nuestra ciudad.

«Yendo creciendo Sagunto [dice Diago] por medio de los Griegos Zacynthios, nuevos pobladores suyos, se fundó la ciudad de Valencia, insigne y esclarecida Metropoli y cabeça de este Reyno de su nombre, a tres millas del mar, en la costa del Seno Sucronense, en la región de la Edetania, en la ribera del rio Turia, casi en medio del trecho que tira desde el rio Palancia hasta el de Xucar, en vna espaciosissima, anchissima, y fertilissima llanura, que deuio criarla Dios nuestro Señor para vn jardin de deleytes; y aun tambien para que sin embargo desso produxesse hombres de estremada fortaleza y valentia, disponiendo que fuesse Marte el Planeta que dominasse al signo de toda ella. Y aun por esso poruentura el primer nombre que se le dio a la nueva Ciudad fue el de Roma, que significa valentia y fortaleza en lengua Griega, a la qual pertenece. Que no dudo yo hauer tenido Valencia este nombre...»<sup>46</sup>. Y en apoyo cita una falsa vida del apóstol Santiago, atribuida a San Cecilio, uno de los Varones Apostólicos, donde a nuestra ciudad se la llama *Roma la pequeña*, considerando que esto es aún recuerdo de su primitivo nombre. Es tan forzado el razonamiento de Diago que, aun cuando fuera cierta la obra citada como fundamento de su teoría, nada probaría al objeto. Pero él no lo cree así, y tras criticar a Escolano por lo que sobre este particular dijo, añade: «Y segun esto ya tenemos author de los antiguos que acredita este punto de auer gozado Valencia de nombre de Roma. Y parece claro que se le dieron Griegos que la fundaron, aunque no haya author de los antiguos que tal diga. Que harto lo significa el nombre Griego de Roma que tuuo desde su principio, y aun tambien el de Turia que la baña, que (como se vera adelante hablando deste rio) es Griego de la propia suerte, segun el parecer de algunos.» Y con este razonamiento deja por sentada la fundación de Valencia por los griegos en el año 1339 antes del na-

Maestro Fray FRANCISCO DIAGO de la Orden de Predicadores, Prior del Conuento de San Onofrio, y Calificador de los santos Tribunales de la Inquisición de Barcelona y Valencia. Dirigidos al Sacro Svpremo Consejo de Aragon. Con licencia, Impressos en Valencia, en casa de Pedro Patricio Mey, junto a Sant Martin. MDC XIII.

Véase en CASTAÑEDA, ob. cit., pp. 38-43 y 63, nota biográfica y lista de obras del Padre Francisco Diago.

<sup>46</sup> DIAGO, *Anales*, libro II, cap. X, fols. 35-37.

cimiento de Cristo. Respecto a Beuter solamente se ha avanzado en un aspecto: en el de no conceder papel alguno al supuesto rey Romo, aunque no niegue Diago de forma categórica tal posibilidad.

Estas deducciones de Diago no podían, naturalmente, convencer a ninguna persona con espíritu crítico histórico. Y al parecer, nuestro cronista era poseedor de tal espíritu. Por eso justifica su posición, ya que «necesario es de quando en quando hazer semejantes discursos, a fin de rastrear por ellos algo de lo mucho que los autores antiguos callaron, y dexaron de escriuir». Y siguiendo en su tema, como la prueba de que Valencia se llamó Roma es únicamente la cita mencionada de San Cecilio y la palabra, que según todos los antiguos es griega, se le plantea la cuestión de quiénes de todos los griegos que vinieron por nuestra costa «en diferentes tiempos», o sean «Zacynthios, Argonautas, Phocenses y otros», fueron los fundadores de la ciudad. Las razones por las que se inclina a considerar que fueron los primeros son muy personales: la proximidad de Sagunto, ciudad predilecta de estos griegos; la amenidad del lugar que lógicamente había de atraer a gentes tan cultas, etcétera.

Fundada la ciudad, le ocurre a Diago lo que a los cronistas anteriores: no encuentra cita alguna en los textos clásicos que pueda referirse a Valencia, con anterioridad al año 138 AJC., pues, como veremos, rechaza que la Tyrís de Avieno sea esta población, y como tampoco encuentra convincente, quizá a consecuencia de las críticas de Escolano, la opinión de Beuter sobre el ensanchamiento de la ciudad por los Scipiones, salva tan largo período carente de noticias diciendo que «del crecimiento desta ciudad de Roma no digo palabra agora, ni la dire hasta llegar a los tiempos en que le tuuo a bueltas de la mudança que padecio en el nombre, dexando el de Roma, y recibiendo el de Valencia. Que no auiedo sido todo esso hasta la venida del Consul Decio Iunio Bruto a España, no se puede agora hablar dello»<sup>47</sup>.

Y de ello habla en su lugar, en el año CXXXVI antes del nacimiento de Cristo, fecha en la que, según Diago, llega a España el cónsul Decio Iunio Bruto, «de quien no puede dexar de tenerse gran memoria en este Reyno, y en especial en la ciudad de Valencia. Porque puesto el Consul en ella, quedó tan satisfecho de su apazible sitio, que hauiendo de premiar en España a los soldados Romanos que auian lleuado en ella tan largos años las armas acuestas contra Viriato..., le parecio señalarles cosa tan rica por premio de sus tan calificados seruicios». Cita en apoyo de lo dicho el Epítome de Floro, pues las Décadas de Livio «se hizieron inuisibles», y considera que en el texto se dice, por un error de Floro, que los campos y el pueblo se dieron «a los soldados que auian peleado baxo de la bandera de Viriato»<sup>48</sup>, lo cual, según Diago, no puede ser, pues Appiano dice cuál fue el final y destino de estas tropas: perseguidas por Cepión hasta más allá del Guadalquivir en la Bética «se le rindieron todos de puro cansados: y allí los desarmó del todo, y les señaló tierra donde biuiesen y labrassen, para que forçados de la pobreza,

<sup>47</sup> DIAGO, *Anales*, libro II, cap. XI, fol. 37 v.

<sup>48</sup> *Ibidem*, libro III, cap. XXII, fol. 101.

no pudiesen tornar a sus robos y leuantamientos»<sup>49</sup>. Aparte que darles a los enemigos tierras tan fértiles como debían ser las valencianas en tales años, según criterio del cronista, «fuera darseles muy grande [ocasión] para que con la riqueza de Valencia pudieran aspirar a boluer a sus passados leuantamientos».

La preexistencia de la ciudad antes de la donación de Bruto la encuentra Diago en las propias palabras de Livio: «Ya estaua edificada Valencia de largos años atras: y no ha de creer ninguno que la fundasse Bruto en esta ocasión para darla a los soldados Romanos, pues Tito Lyuio no dize tal, sino que les dio este pueblo. Y es mucho de ponderar lo que luego añade este grauissimo author, que el pueblo que les dio fue llamado Valencia. Que no dezir que les dio el pueblo de Valencia, o vn pueblo que se llamaua Valencia, sino vn pueblo que fue llamado Valencia: toca sin dificultad lo que ya proué arriba, que Valencia se llamó primero Roma, y que tuuo este nómbre hasta que los Romanos, hechos ya señores de España... le quitaron este, y le dieron el de Valencia, cuya significación en lengua latina es la misma que la de Roma en la Griega. Porque dezir Tito Lyuio que este pueblo que dio Bruto a los soldados Romanos, fue llamado Valencia, es significar llanamente con este modo de hablar, que entonces le fue puesto nombre de Valencia.»<sup>50</sup>. Niega nuestro autor que fueran los Scipiones quienes hicieran la mudanza del nombre, pues no hay texto antiguo en que apoyarse. Y termina esta materia, añadiendo: «Entónces con el nombre de Valencia que de nueuo se le dio a esta ciudad, començó su valor a engrandecerse y estenderse mucho en policia, en muros, torres, aluañares, y en otras fabricas de importancia, procurandolo el Consul Decio Iunio Bruto, y los soldados Romanos a quien la dió. Que para assentar este crecimiento en tiempo de Gneo Cornelio Scipion, en que le pone Beuter, ni hay author antiguo, ni conjetura de momento que le abone.»<sup>51</sup>.

La posición de Diago frente a la identidad de Tyris con Valencia es totalmente negativa: «Porque el [nombre] de Tyris que dize este moderno [Escolano] auerle conuenido tambien [a Valencia], y podrian el y otros sospechar que fue el primero que ella tuuo, para mostrar por este camino que no la fundaron Griegos, no se puede sacar a plaça sino diziendo que lo significa Auieno quando escriue que el rio Tyrio aprieta y ciñe no lexos del diuorcio del de Saetabis a la población de Tyris: y ya se vera adelante que en este lugar no habla el Poeta del rio de Valencia y de la ciudad deste nombre, sino del rio Xucar, y de la población de Alzira.»<sup>52</sup>. E insiste algo más adelante, al tratar del nombre del río Turia, que «no faltan otros [autores] que se persuaden que no es Griego este nombre sino Pheniz, dado por los Fenices Tyrios quando en el tiempo que se vera adelante vinieron a España. Y la probabilidad que tiene este parecer, ya se vera entonces. Pero parece que no la tiene ninguna lo que aprouechandose de lo que escriue Auieno, que no lexos del diuorcio del rio Saetabis aprieta y ciñe el rio Tyrio a la población de Tyris, dize cierto moderno [Escolano] que es ella la de Valencia, y Tyrio el rio

<sup>49</sup> DIAGO, *loc. cit.* Compárese con el texto de Appiano, *Ib.* 72.

<sup>50</sup> *Idem*, *Anales*, libro III, cap. XXII, fol. 102 v.

<sup>51</sup> *Ibidem*, libro III, cap. XXII, fol. 103.

<sup>52</sup> *Ibidem*, libro II, cap. X, fol. 36.

que la baña, sino que de Tyrio vino a llamarse Turio, y de Turio a la postre Turia: porque, como se tocará con las manos mas adelante, hablando del rio Xucar, el es el de Tyrio, y Alzira la poblacion de Tyrus.»<sup>53</sup> Y efectivamente, siguiendo los acontecimientos de nuestra historia, llega Diago a la arribada de los fenicios, los *Phenices Tyrios*, a Ibiza, el año 1030 antes del nacimiento de Cristo, de donde, intentando hacer la travesía a Cádiz, una tempestad los empujó hasta las bocas del Turia; pero ante la poca seguridad que nuestras playas ofrecían a los navios, costeano llegaron a la desembocadura del Júcar, donde «saltaron al punto en tierra, y combidados de la fertilidad de sus riberas, las fueron siguiendo rio arriba por espacio de pocas leguas, hasta topar con vna Isla, que tiene su asiento en medio del, ceñida de sus aguas por todas partes. Y representandoseles en ella la de su patria Tyro, la escogieron para sitio de vna poblacion que se llamasse Tyrus. Y della le vino al rio el nombre de Tyrio. Que auerse llamado Tyrus aquella poblacion, y hauer tenido nombre de Tyrio el rio que la ciñe, llanamente lo significa Auieno; porque despues de hauer hablado de la ciudad de Saetabis, que es Xatiua, y dicho della que de su cercano rio Saetabis le auian sacado los Hiberos este nombre, "Propinquo ab amne [*por amnis*] sic vocata Hiberis" [*por Hibericis*], añade inmediatamente y sin intervalo alguno, que, "neque longe ab huius fluminis diuortio, perstringit [*por praestringit*] amnis Tyrius oppidun Tyrim" [*por oppidum Tyrim*], no lexos del diuorcio deste rio aprieta y ciñe el de Tyrio a la poblacion de Tyrus. Y claro está que diziendo respecto el diuorcio a vnion que le precede, o se le sigue, no puede ser Saetabis el rio de Xucar, y Tyrio el de Turia que passa por Valencia, de suerte que se haya de mirar ella con ojos de la poblacion de Tyrus, por mas que assi se lo persuada cierto moderno, corriendo siempre muy desuiados estos dos rios, sin juntarse nunca, ni tener vnion alguna: sino que Saetabis ha de ser el que corre por la vega de Saetabis, o Xatiua, tan a dos solos passos de aquella ciudad, que por esso lo trata Auieno de cercano a ella, y Tyrio ha de ser el de Xucar que passa mas acá a tres leguas della. Porque viniendo a juntarse estos dos rios, hasta hazerse vno, a tres leguas de Xatiua, algo mas abaxo de Alcocer, diuorcio se puede llamar el que tienen desde aquel puesto atras. Y segun esto, pues dize Auieno que no lexos del diuorcio del rio Saetabis aprieta y ciñe el de Tyrio a la poblacion de Tyrus, viene nacidissimo que sea ella la de Alzira en vna Isla del rio Xucar, vna legua sola mas abaxo, en medio de sus aguas, apretada y ceñida dellas. Que desta suerte se verifica, que no lexos de donde comienza el diuorcio entre los rios Saetabis y Tyrio, aprieta y ciñe el de Tyrio a la poblacion de Tyrus»<sup>54</sup>.

Si Escolano, siguiendo una opinión de la época, dedujo que el Tyrio era el Turia y Tyrus nuestra ciudad, lo hizo considerando que el río que da nombre a la ciudad de Sicana (verso 479 de la *Ora Maritima*) era el Júcar, pero no indica en su obra, como se dijo anteriormente, el nombre que él leyó para designar a dicha ciudad ni cómo se nombraba el río. Diago, por el contrario, repetidas veces habla de la ciudad de *Saetabis* y del río del mismo nombre. ¿Habría un error en el

<sup>53</sup> DIAGO, *Anales*, libro II, cap. XI, fol. 37 v.

<sup>54</sup> *Ibidem*, libro II, cap. XV, fols. 44 v. y 45.

texto del periplo utilizado por este cronista? Solamente así podemos explicarnos su confusión al interpretar los versos de Avieno. En el texto de éste se habla, en la parte que ahora interesa, sólo de *Sicana*. Por lo tanto, partiendo de un error, sitúa la ciudad de Tyris en Alcira e identifica al río Tyrio como el Júcar. Sin embargo, el razonamiento que sigue es bueno, aunque la conclusión tan equivocada como la de cualquier otro intérprete de esos cuatro versos del periplo, débil base para situar Tyris en algún punto de las riberas del Turia o en cualquier otro de la costa mediterránea.

También Diago se enfrenta con el problema de la fórmula epigráfica de los *valentini veterani et veteres*. Naturalmente, rechaza, tras larga discusión, las versiones ofrecidas por Escolano y da la suya, tan poco convincente como cualquiera de las de aquél. Considera que tanto los *veterani* como los *veteres* son soldados en activo, los cuales, junto con los bisoños (*tirones*), formaban el ejército, y que fueron aquellos dos grupos los que dedicaron las lápidas que llevan la referida fórmula<sup>55</sup>. Dada la dificultad de interpretación podemos, pues, considerar esta solución de Diago, como una más de las muchas que al caso se han dado.

La aportación de Diago a la cuestión de la fundación de Valencia es bien poca. Depura en parte la posición de Beuter, dejándola reducida al puro esquema de fundación de Roma y afirmación de la ciudad en época de Bruto con el cambio de nombre, sin que entre ambos momentos encuentre un solo acontecimiento que narrar, ni aun siquiera legendario. La crítica que hace de Escolano en el problema de Tyris es demostración de su afán de contradecir a éste, pues caso de existir una ciudad anterior a la *Valentia* de Bruto tendría mayores posibilidades de ser llamada Tyris que no Roma.

### III. VICENTE BOIX

Desde la fecha en que apareció el libro de Diago hasta la siguiente obra dedicada a la historia de Valencia hubieron de pasar más de doscientos años. No encontramos en nuestra historiografía desde 1613 hasta mediado el siglo XIX una obra de conjunto sobre la historia de estas tierras. Y cuando aparece se trata de un resumen de poca altura científica, más bien de un trabajo de divulgación. Nos referimos a la *Historia* de Vicente Boix Ricart (27 de abril de 1813 a 7 de marzo de 1880), setabense accidental, escolapio arrepentido, de interesante personalidad, cuya obra dio mejores frutos personales que literarios o científicos. Fue Boix, al decir de aquellos autores que han tratado de su vida, hombre de más talento que preparación, cuya obra, de mayor extensión que la de los cronistas anteriores, fue de tal endeblez que no resiste comparación con la importancia de aquéllas<sup>56</sup>.

Cuando apareció la *Historia* de Boix, 1845, habían dado ya a conocer sus trabajos sobre diversos aspectos de nuestro pasado Gregorio Mayans, el canónigo Cor-

<sup>55</sup> DIAGO, *Anales*, libro III, cap. XVII, fols. 162-163 v.

<sup>56</sup> *Historia de la Ciudad y Reino de Valencia*. Valencia, Benito Monfort, 1845-1847, tres tomos.

Véase en CASTAÑEDA, ob. cit., pp. 44-51 y 63-64, nota bio-bibliográfica de Boix.

tés y López y el conde de Lumiáres. A todos ellos, así como a Esclapés, Masdeu y otros, tuvo presente Boix al escribir su *Historia*, hasta el punto que más que la opinión del autor vemos en ella reflejada la de aquéllos.

Y así, y en lo tocante a nuestro tema, dice que aun cuando han sido diversas las opiniones sobre la fundación de Valencia que sostuvieron nuestros antiguos historiadores y cronistas, ninguno de ellos fijó «con exactitud y con textos irrecusables la época precisa y el nombre primitivo de esta población». Recoge la opinión de Masdeu, apoyada en la *Ora Maritima*, de que los cartagineses, al recorrer por primera vez las costas de Valencia, no sólo dejaron memoria de sus empresas mercantiles, sino también, posiblemente, «algunas colonias, cuyas denominaciones fenicias se conservan en gran parte», citando entre éstas a Tyrís o Tyrsis, que sería Valencia u otra ciudad vecina, situada no lejos de la desembocadura del Turia. Para Mayans, según Boix, la fundación se debió a los tirios o fenicios, que le dieron el nombre de Tyrís según el texto de Avieno, y cuya fecha se deduce, en opinión de Mayans, de la *Corografía* de Mela y de la *Geografía* de Estrabón, según cuyos cálculos vendría a ser el año 2820 del mundo, o sea el 1184 AJC. «Empero últimamente [añade Boix], el Sr. Cortés... desechando las opiniones de Beuter, Escolano, Diago y Esclapés, y teniendo además por inverosímil la fundación de Valencia por los zacintios de Sagunto, fija como más probable esta fundación en el consulado de Junio Bruto, por los años 616 de Roma y 138, o según otros 140 antes de Cristo.»<sup>57</sup>.

Y éste es el momento que, para Boix, nace Valencia. Así se desprende de varios pasajes de su obra: «Escolano, siguiendo a Beuter y persuadido lo mismo que este grave cronista de la existencia de Valencia, anterior a la ruina de Sagunto...<sup>58</sup>; Valencia, cuyo origen se debía a unos guerreros bárbaros y sin cultura, castigada durante la guerra de Sertorio, y tomada por asalto por Pompeyo...»<sup>59</sup>.

De la fundación por Junio Bruto se hace eco en diversos lugares de su *Historia*. «Tito Livio dice [afirma Boix] que el cónsul Junio Bruto, durante su gobierno en España, concedió a los soldados que habían seguido las banderas de Viriato algunos campos y una población que se llamó Valencia.» Y critica la opinión de Ambrosio de Morales y de Zurita sobre la ubicación de la Valencia a que se refiere Livio, apoyándose en las interpretaciones de Escolano, Mayans y Cortés, pero cayendo también en el error de considerar la muerte de Viriato en tierras valencianas<sup>60</sup>.

La crítica a la cuestión de las cloacas la hace apoyándose en Mayans: Dice Boix: «Mayans en su erudita carta al estudioso P. Teixidor sobre la fundación de Valencia interpretando un pasaje de las *Trovas* de Mossen Febrer, dice que no hay dificultad en creer que las cloacas o albañales de que hablan Beuter y Escolano, pudieran ser en parte obra de los romanos, sin fijar su época; y que acaso existirían en los tiempos de aquel poeta: pero las que hoy subsisten, ruinosas algunas,

<sup>57</sup> Boix, *Historia*, t. I, pp. 13 y 14.

<sup>58</sup> *Ibidem*, t. I, p. 29.

<sup>59</sup> *Ibidem*, t. I, p. 56.

<sup>60</sup> *Ibidem*, t. I, pp. 14, 15 y 45.

pertenecen a la época de los árabes y también de los cristianos, como lo indican su construcción y arquitectura.»<sup>61</sup>.

Sobre la fórmula epigráfica de los *valentini veterani et veteres* también Boix da su opinión: «Para inteligencia de esta y otras dedicaciones en que suenan los nombres de los valentinos, veteranos y véteres, es del caso saber, que muchas ciudades de España se componían de dos clases o castas de pobladores, y por lo tanto se llamaban "Disopolis" o géminas, como de "Emporias" lo atestiguan Plinio y Tito Livio. La una clase era la de los españoles indígenas, y la otra la de los extranjerios domiciliados; y esto que sucedía en Emporias dice Estrabón que se verificaba en muchas otras ciudades: "quod frequenter aliis civitatibus eventit"<sup>62</sup>. Una de éstas era sin duda Valencia, la cual era habitada por los primeros pobladores lusitanos y celtiberos, soldados de Viriato, y estos se apellidaban "vetercs"; y de los soldados cumplidos que había domiciliado Julio César cuando la elevó a colonia romana, y estos se llamaban "veteranos".»<sup>63</sup>.

No puede decirse que la interpretación sea equivocada, puesto que, como reiteradamente se ha dicho, desconocemos el verdadero valor de esta fórmula epigráfica. Ahora bien, debemos advertir que el concepto de *dipolis* y no *disopolis*, como dice Boix, no puede de ninguna manera aplicarse a Valencia, y que tampoco se puede

<sup>61</sup> Boix, *Historia*, t. I, pp. 29 y 451.

El pasaje a que se refiere Mayans, de *Les Tròbes* de Mossen Febrer, es el siguiente:

«Paregué als romans pagar a Valencia  
la molta lealtat y lo gran estrago  
que havia tengut per fer resistència  
als carthaginesos y a sa gran potència:  
Y axí els Scipions en senyal de pago  
la reedificaren a sa còsta pròpia,  
fentli sis cloaques, ab què fàcilment  
sana e neta feren despedint la còpia  
de les moltes aigües; ab que no es impròpia  
la divisa antiga en lo camp d'argent  
una ciutat bella sobre aigua corrent.»

Estas Tròbes fueron compuestas en el siglo xvii por Onofre Esquerdo, atribuyéndolas a un escritor del siglo xiii, como escritas en 1281. En el pasaje copiado puede verse que el falsificador se inspiró en Beuter. Aun cuando pronto hubo sospechas de que *Les Tròbes* eran apócrifas, hasta principios del siglo actual no se demostró quién había sido su inventor.

*Trobes de Mosen Jaume Febrer, caballer, en que tracta dels Llinatjes de la conquesta de Valencia e son Regne.* Palma de Mallorca, 1848.

Con anterioridad a esta publicación se fueron dando en el *Diário de Valencia*, a partir del día 1.º de septiembre de 1791.

J. B. PERALES, *Continuación de las Décadas que escribió el Licenciado y Rector Gaspar Escolano*, tomo III de las *Décadas de la Historia de la Insigne y Coronada Ciudad y Reino de Valencia*, Valencia, 1880, pp. 56 a 58, las considera legítimas, aunque algo alteradas por un copista posterior.

MANUEL DE MONTOLIU, *Les Trobes de Mossen Jaume Febrer*, en «*Revue Hispanique*». t. XVII, Burdeos, 1912, hace un estudio de la falsificación.

<sup>62</sup> Cita en latín del texto griego de Strabon, III, 4, 8.

<sup>63</sup> BOIX, *Historia*, t. I, p. 396.



afirmar que fuera Julio César quien elevara nuestra ciudad al rango de colonia romana, pues lo más seguro es que en tiempos de César ya lo fuera. Por lo demás, vemos que Boix sigue en su interpretación a Escolano.

La aportación de este cronista a la historia de la fundación de Valencia es completamente nula, falta de originalidad, no representando, por lo tanto, avance alguno respecto a los cronistas anteriores, si exceptuamos la total desaparición de leyendas y conjeturas como consecuencia del estado científico del momento y del buen criterio de Boix en la elección de sus fuentes de información.

#### IV. TEODORO LLORENTE

Con Teodoro Llorente y Olivares damos fin a nuestro artículo. Este ilustre cronista (7 de enero de 1836 a 2 de julio de 1911) incorporó a su historia de Valencia<sup>64</sup>, por primera vez en las obras de este tipo, los resultados de la entonces casi recientemente nacida ciencia prehistórica, dejando de suplir con leyendas y fábulas los tiempos anteriores a los conocidos por los textos de los historiadores y geógrafos grecorromanos.

Las fuentes utilizadas por Llorente, en la parte dedicada a la antigüedad, fueron las más idóneas en su época. Téngase en cuenta que en la segunda mitad del siglo XIX aparecen las obras de Humboldt y Hübner, de Vilanova y Piera, del P. Rita, Fernández Guerra y Rodríguez de Berlanga, y las de Chabás, Landerer, Ibarra, Tramoyeres, Martínez Aloy y otros. Así como no puede dejarse de olvidar la amistad que unía a nuestro cronista con Sanchis Sivera, Chabret y Julián Ribera. Todo esto hizo que la corta síntesis de historia de Valencia que Llorente redactara fuera, en lo que nos interesa, muy correcta y comprendiera los resultados más recientes a que había llegado la investigación arqueológico-histórica en sus tiempos. De este modo vemos incorporarse a la historia de Valencia nombres como el de *Cova Negra*, *Parpalló*, *Llometes*, etc., que tanta importancia adquirirán en la prehistoria europea en tiempos más recientes.

Las ideas de Llorente respecto a la fundación de nuestra ciudad son las que han venido imperando hasta hace unos años. «Festo Avieno, que recorre esta parte de la costa muy a la ligera [dice al describir la geografía antigua de la región] sólo menciona en ella el río Tyrius y la ciudad de Tyrin. El Tyrius es, sin duda [afirma] el Turia, y Tyrin sería el nombre primitivo de Valencia, pues aquel poeta gusta de emplear los nombres antiguos de los lugares de que habla. Cuestión es ésta muy controvertida, de la que nos ocuparemos más adelante.»<sup>65</sup>. Obsérvese que así como la identidad Tyrius = Turia es afirmada con fuerza, respecto a la de Tyris = Valencia no se asegura con el mismo énfasis. Y además, el gusto por los

<sup>64</sup> España. *Sus monumentos y artes. Su naturaleza e historia. Valencia*, por TEODORO LLORENTE Y OLIVARES. Barcelona, 1887 y 1892. Dos tomos.

Véase en CASTAÑEDA, ob. cit., pp. 51-57 y 65, biografía y nota bibliográfica sobre Llorente.

<sup>65</sup> LLORENTE, *Valencia*, t. I, p. 46.

nombres antiguos que Llorente observa en Avieno nos hace sospechar que nuestro cronista no conocía la teoría, lanzada en 1791 por Schöning<sup>66</sup>, de que tras el poema latino se ocultaba un antiquísimo autor griego.

Llorente no estaba muy seguro, como acabamos de ver, de que Valencia hubiera sido Tyrin o Tyris, y así se reitera la duda cuando afirma que «respirábase en estas costas levantinas, asiento de Tarragona, Sagunto y Cartagena, centros principales del organismo hispano-romano, atmósfera favorable al Pueblo-rey, y a ello debió sin duda su origen, o por lo menos su importancia, la ciudad cuya generación latina proclama el noble y hermoso nombre de Valencia»<sup>67</sup>.

Sin embargo, al parecer, las vacilaciones de Llorente no se refieren a la pre-existencia de una población, como podría deducirse del párrafo transcrito, sino al nombre de ésta. Así se infiere de lo que dice al historiar los orígenes de la ciudad: «Incierta es la fecha de su fundación y dudoso el origen de sus primeros pobladores», pues cuando Bruto estableció a los soldados de Viriato (veremos que Llorente admite esta versión y no la de que fueron soldados romanos), «existía sin duda una ciudad en estos campos: así se deduce del texto de Floro... [y] de las palabras siguientes dedúcese también que entonces se cambió su nombre ibérico por el latino que llevó después... ¿Cuál fue su nombre primitivo? Pasando por alto las fantasías de los historiadores que la llamaron Roma... no encontramos más dato en que apoyar nuestras investigaciones y conjeturas, que dos versos del poema geográfico de Festo Avieno. Describe la costa, de Mediodía a Septentrión, y después de mencionar a Hemeroscopio (Denia), habla de la ciudad Sicana y del río de su nombre, y continúa así...» Y reproduce Llorente, con errores como hemos visto que hacían los otros cronistas (*longis* por *longe*, *flumine*, por *fluminis* y *praetingit* por *praestringit*), los versos 481 y 482 de la *Ora Maritima*. El Sicano no se decide el cronista a asegurar que sea el Júcar, pues puede ser también, según Mayans, el Serpis. Pero el Tyrius no cabe duda al autor que es el Turia. Y añade, ratificando lo que antes dijimos respecto a la creencia de Llorente sobre la fecha de los datos proporcionados por el periplo, que «en tiempos de Avieno llamábase ya Valencia la ciudad situada a orillas de aquel río; pero gustaba este escritor, por alarde de erudición, o por ennoblecer la frase poética, de dar a las poblaciones que citaba su denominación antigua». Así, la identidad de Tyris (Tyrin escribe siempre Llorente) con Valencia la da como muy probable y cita en apoyo de ella a Pedro Juan Núñez, Masdeu, Flórez, Mayans, Fernández Guerra y otros. Y critica la del canónigo Cortés que sitúa el Tyrius en Vinaroz. «De todas maneras, aceptando como probable la equivalencia mencionada, hemos de dejar en el terreno de la hipótesis el primitivo nombre de la ciudad del Turia», pues la arqueología (monedas y lápidas) no dan luz alguna sobre ello<sup>68</sup>.

De forma que, según Llorente, cuando Junio Bruto, el año 138 AJC. (*año 616 de Roma, 140 a. de J. C.*, dice el cronista), dio a los soldados de Viriato tierras donde

<sup>66</sup> SCHULTEN, ob. cit., p. 56.

<sup>67</sup> LLORENTE, *Valencia*, t. I, p. 57.

<sup>68</sup> *Ibidem*, t. I, pp. 463 y 464.

establecerse, existía ya una ciudad, cuyo nombre desconocemos, aunque bien pudiera ser la Tyrís de Avieno y que entonces se denominó *Valentia*.

Respecto al epitome de Floro, se plantea Llorente el problema, hoy ya resuelto definitivamente, de si la población donada *quod Valentia vocatum est* se refiere a la nuestra o a cualquier otra de las muchas de igual topónimo que existen. Lo resuelve favorablemente a nuestra ciudad, utilizando, entre otros, el texto de Appiano que, como hoy sabemos, no debe relacionarse con el de Livio y el cual ya fue discutido y considerado inverosímil por los que no identifican la *Valentia* fundada por Bruto con nuestra Valencia. También Llorente se plantea la cuestión de si las tierras y el *oppidum* se dieron a los soldados que lucharon bajo las banderas de Viriato o contra Viriato. Y se inclina a favor de la primera tesis, criticando los argumentos contrarios de Diago, a los que ya hicimos referencia, y apoyándose, de igual forma que para el problema anterior, en el texto de Appiano, «aunque éste no determina el punto donde se las dieron» (las tierras)<sup>69</sup>.

Por último, también Llorente dedica unos párrafos a la cuestión de los *valentini veterani et veteres* de las lápidas, considerando que esto es «algo que se relaciona con los orígenes de la ciudad», aunque no dé opinión alguna, limitándose a recoger la más generalizada sobre «las dos clases distintas de los colonos militares establecidos en Valencia», y las de Cortés y Hübner, el primero de los cuales creía que *veterani* eran los romanos asentados en la ciudad al convertirse en colonia y *veteres* la población indígena, y el segundo, que habló de pobladores de dos épocas y dos clases distintas, unos que por su antigüedad se llamaron *veteres* y otros, que por su categoría militar, fueron denominados *veterani*, formando todos como dos repúblicas o comunidades distintas, cosa que ocurría en otras partes<sup>70</sup>.

Esta es la posición ante la fundación de Valencia y los problemas que acarrea del último cronista valenciano anterior a nuestro siglo. Sus conclusiones han permanecido vigentes hasta hace muy pocos años. Hasta que, con la aplicación del método arqueológico más riguroso al estudio de las cerámicas aparecidas en las diversas excavaciones efectuadas en el subsuelo de la ciudad, se ha llegado a la conclusión de que los restos más antiguos que se encuentran pertenecen a la segunda mitad del siglo II AJC., es decir, a momentos en los cuales la fecha proporcionada por Tito Livio para la fundación, el año 138, corresponde perfectamente<sup>71</sup>.

\* \* \*

Hemos visto con detenimiento cuántas y cuáles han sido las opiniones de los cronistas de Valencia sobre la fundación de la ciudad. Aun con peligro de pecar de reiterativos, hemos transcrito literalmente lo que dichos historiadores escribieron, para evitar que nuestro lector pudiera pensar que inventábamos, bromeábamos

<sup>69</sup> LLORENTE, *Valencia*, t. I, pp. 58 a 60.

Véase también, en las páginas 470 a 472, la crítica que hace a la opinión de Beuter sobre la repoblación y cambio de nombre de Valencia hecho por Scipión, con la construcción de las cloacas, las murallas, las puertas, los templos y palacios, y la Albufera.

<sup>70</sup> LLORENTE, *Valencia*, t. I, pp. 465 a 467.

<sup>71</sup> TARRADELL, ob. cit., en la nota 1, pp. 13-23 y 33-41.

o interpretábamos mal. Así, hemos podido seguir la evolución de la historiografía valenciana —reflejo de la nacional y aun de la europea—, respecto a un problema determinado. Hemos pasado de la pura fábula con menosprecio del dato histórico (Beuter), a la estricta síntesis de los conocimientos científicos en un momento dado (Llorente), pasando por las diversas fases en las que se puede observar una disminución del elemento legendario frente a un abuso de las conjeturas basadas en insuficientes datos.

Las leves acotaciones que a los textos hemos hecho nos parecen suficientes para dejarlos reducidos a su verdadero valor actual. El estado de la cuestión que hemos examinado a través de nuestros viejos cronistas, puede verse en la bibliografía citada en la nota primera y en algún que otro trabajo mencionado a lo largo del artículo, todos de fechas recientes, así como en algunos de los que forman parte del presente tomo.

Esperamos —y nos daríamos por bien pagados— que las citas que en el futuro se hayan de hacer para apoyar alguna opinión referente a la fundación de Valencia, tuvieran en cuenta lo que aquí se ha dicho, dejándose de una vez de lado las interpretaciones de nuestros antiguos cronistas, las cuales, en nuestros días, no tienen ningún valor, pues no están fundadas por lo general en dato real alguno, o si tienen alguna base, la interpretación puramente textual, sin apoyo de los datos de la arqueología, las hacen por completo inutilizables.

Para terminar, no nos queda más que dedicar este trabajo a la memoria de Beuter, Escolano, Diago, Boix y Llorente, como un homenaje a quienes fueron consecuentes con su época, recogiendo en sus libros —excepto algún caso de tozudez como el de Diago— los conocimientos científicos que en sus días predominaban. Y no nos extrañemos de que se recogieran fábulas y leyendas como verdades históricas, cuando en plena segunda mitad del siglo XX, en la prensa diaria se pueden leer noticias como la que sigue: «DESCUBRIMIENTOS ARQUEOLÓGICOS, EN LEÓN. León, 1 (Cifra).—Un hallazgo arqueológico de gran interés ha sido hecho en Santa Coloma de Somoza, en plena Maragatería, por el doctor Carro, un médico especializado en estudios arqueológicos que, merced a una piedra levantada por el arado, ha emprendido investigaciones que le han llevado a descubrimientos importantísimos. La parcela fue habitada por los fenicios y se han encontrado en las excavaciones una villa y una factoría romanas que, al parecer, tuvieron mucha importancia en edades remotas. Han sido hallados sepulcros, estatuas hechas por los cartagineses y monedas de Trajano, así como pendientes cartagineses y cerámica celta. Destaca por su importancia el escudo de Aníbal, construido allí con incrustaciones de oro, para ser regalado al gran soldado cartaginés. En opinión del doctor Carro, tal escudo no ha podido ser hecho por los romanos, sino por los fenicios, que dirigieron el trabajo de esta clase de objetos. La villa descubierta tiene espacios para termas, canales para calentar las cámaras de agua caliente, vasijas diversas, vidrio plano y curvado, pinturas, armas, joyas, etc.»<sup>72</sup>

<sup>72</sup> La noticia fue difundida por la Agencia Cifra y suponemos que reproducida en buena parte de la prensa nacional. Nosotros la leímos en *Las Provincias*, de Valencia, de 2 de octubre del pasado año 1963, núm. 38.067, de donde la transcribimos.